

Elegia por la muerte del nombre

A Carlos G. Espresati

Yo me llamaba Carlos.
Me pusieron el nombre de un amigo poeta;
amigo de mis padres.
Crecí con este nombre.
Levantado en las manos,
me lo llevé cantando por la vida pequeña;
por la arcilla y el éter, por el agua y el fuego;
degustando el azúcar
y mascando la sal...
Mi nombre era la esencia de los muchachos tristes
que sueñan y que rezan,
que vomitan y lloran,
que dudan y combaten
en profundas clausuras del rumiante silencio;
que se quedan sin forma y sin acto en lo bueno,
que se dejan llevar por el mal.

Yo me llamaba Carlos: sólo Carlos...; ¡a secas!,
y estaba satisfecho.
Yo, con mi nombre, supe la Verdad y la Ciencia
—muy poquito de Ciencia, bastante de Verdad—.
No me importaba nada saber las horas fijas.
La semana era larga..., y era largo esperar
los domingos del alma; del alma que,

a pesar de gastarse la vida terrena esperando,
ya sabe que es inútil, que es absurdo esperar
los domingos del mundo con tardes de gloria,
con polvillo dorado...,
con regusto de miel y azahar;
los domingos que no han sido nunca,
mas pudieron llegar...

Yo me llamaba Carlos,
y era mi nombre enigma,
y era mi nombre escudo,
y era mi nombre nervio,
y era mi nombre fuerza que no supe emplear.

Yo me llamaba Carlos.
La veleta, el molino y la noria
repartíanse el turno en mi nombre;
y, en mi nombre, los tres eran giro,
y eran más..., y eran más...

Yo me llamaba Carlos.
En boca de los otros
me gustaba escuchar el bisílabo nombre.
Quien mejor pronunciaba mi nombre: mi lírica madre;
en sus labios mi nombre era luz y cantar.
¡Qué alborozo en mi pecho!,
¡qué repique festivo en mi oído!

Yo me llamaba Carlos.
Y mi nombre era dardo
que, en el alma, quedaba estancado;
flotando en algo verde...,
entre peces de plata y cristal.
¡Mi nombre era más fuerte que yo pude pensar!;
por algo yo tenía, sin comprenderlo casi,
unos celos enormes del nombre que llevaba.
A veces yo pensaba:
"No soy más que la sombra
del nombre..."
¡Pensaba la verdad!

Yo me llamaba Carlos.
Me llamaba...: ¡ya he muerto!;
ya no me llamo nada.
Aquello que fué Carlos...,
con la muerte del hombre a la vida del hombre...,
¡ha quedado ya atrás!...

Yo me llamaba Carlos:
¡la muerte pudo más!

Carta a mi amiga Emma

Impresionado estoy.

La muerte de tu perro me llega por los hilos
de un receptor oscuro.

Tu voz está quebrada,

y está quebrado el molde donde el amor es arte.

Adivino en tu casa las horas prolongadas
como si los relojes, cruzándose de brazos,

dijeran: "No queremos seguir siendo constantes".

Y veo, sin mirarlos, rincones que no he visto
jamás por las estancias súbitamente mudas,

pobladas de fantasmas tan blandos como nubes.

Tú llevarás la pena más allá de los astros,

y buscarán tus manos —tus manos... retorcidas,

con fuegos de artificio saltando por las uñas—

materia diluída del cuerpo de juguete

—casi cuerpo de trapo— que tuvo pulso alegre...;

¡mas buscarán en vano!

Verdad, amiga mía: parece un disparate

que siga siendo el bosque ladridos por la noche

para indicar la casa del guarda forestal,

y que gocen los perros de todos los pastores

del crepitar del fuego...

(¡Cuánto pienso en el mío!, del cual me separaron

y sabe Dios su sitio. ¡Cómo escuchaba versos!...;

sin entender palabra, mejor que muchos hombres...)

Tu perro ya no existe, su vida es un recuerdo

mezclado con el viento; si acaso, por ser tuyo,
será canción del cierzo su sueño bajo el sol.
Tú ya no tienes ojos —yo tampoco los tengo—
que te miren calientes a cada gesto amigo;
pero te queda tierra con forma de su cuerpo
sobre su tumba ingrávida,
y ha de nacer un musgo con suavidad de pelo
para que lo acaricies...

Termino de escribirte. No se me ocurre nada
que pueda consolarte.

(Yo, también, tuve un perro..., y tú sabes la historia.
Tuve un perro —¿recuerdas?— compañero de andanzas
por caminos del tiempo. Tuve un perro, y su nombre...)
¡Pongo punto final!

No vengáis a mi cuarto

No vengáis a mi cuarto.
En los rincones tengo —no los veréis—
muy viejos violines
—de ciegos enterrados—
que esperan contenidos la voz de los humanos.
Y vosotros habláis, por derecho, o, quizá, por orgullo, tan alto
que vibrarían ellos hasta dejarnos sordos.

No vengáis a mi cuarto.
He puesto dos caretas en la pared, encima
de donde duermo y duermo.
Una careta ríe, otra careta llora...:
es el Teatro, amigos, ¡es el Teatro!
(Y vosotros sabéis que fingimos primeros actores...)
Vosotros diríais: “Pedimos la risa”;
yo, en cambio, diría: “Lo mío es el llanto”.

No vengáis a mi cuarto.
Como en sagrarios guardo mis libros encendidos.
Yo estoy en cada página, a veces, con incienso;
a veces, criticando...;
¡pero estoy en mis libros
como estoy en mis pies y en mis manos!
Mis libros son mis libros... ¡y no quiero prestarlos!

No vengáis a mi cuarto.
Hay en él varios cuadros de Vírgenes

—a su modo, resulta que son Botticellis, Angélicos, Lippis...—.)
Hay en él varios cuadros de ambiente escogido,
tranquilo, soñado...

Hay en él varios cuadros campestres
con luz de Virgilio y del gran Garcilaso.

Hay en él varios cuadros de flores, escudos y pájaros:
es la heráldica propia del hombre poeta.

¡Muchos cuadros! —algunos no están ni colgados...—;
y vosotros querriais quedaros sentados en ellos,
y no quiero teneros por siempre a mi lado.

No vengáis a mi cuarto.

Flotan raros poemas en torno
de todo lo mío, de todo lo todo en mi cuarto.

Y, aunque os tengo por sabios y escépticos,
cerraríais los ojos oyendo murmullos sin ruido de cosas,
y querriais, acaso, hacer vuestro mi cuarto...

Y yo quiero quedarme conmigo
entre versos, caretas, violines...

y libros y cuadros.

¡Oh!, mis buenos amigos, debéis perdonarme
si os digo:

¡no vengáis a mi cuarto!

